

Bolsonarismo, fascismo, liberalismo

Más de una vez hablé del “bolsonarismo” como un fenómeno distinto del fascismo. La primera vez fue en ocasión de la victoria de Bolsonaro en Brasil, para criticar a toda la izquierda latinoamericana que se encolumnó detrás del PT. Bolsonaro no es fascista, repite la ideología propia del militarismo brasileño. Kast es un pinochetista, cuya distancia con el fascismo es la misma, en tanto teme la movilización popular, más aún que Bolsonaro, que parece capaz de organizar una movilización controlada. Ambos son “estatistas”, en el sentido en que no buscan una solución que emerja desde abajo. En buena medida, porque no lo necesitan. Los estados de sus países son suficientemente poderosos como para contener la efervescencia social y no hay, además, un peligro “comunista” real.

La composición social de estos fenómenos varía de país en país. Algunos representan a los sectores menos internacionalizados y más nacionales de sus burguesías, que son parte del banquete de las fracciones más poderosas del capitalismo mundial, de allí su nacionalismo. En otros casos, como en Chile o Grecia, el “temor” es más “clásico”, en el sentido de que lo que está en primer plano es la emergencia de la movilización popular independiente que amenaza el dominio de las fracciones burguesas más poderosas. En Chile, no se trata del miedo al “comunismo” sino a la “transformación en Venezuela”. La burguesía chilena busca curarse en salud de la amputación de plusvalía que supondría el desarrollo de un “estado de bienestar” chileno. En otras situaciones, Brasil, Italia, Inglaterra, es un defensismo nacionalista en ausencia de peligro social. En EE.UU. es la expresión de las tendencias a la descomposición social. En los países nórdicos o España, se trata del miedo a ese proceso de descomposición como horizonte. Francia es una mezcla de todas estas cosas.

En todos los casos, una degradación general del nivel de vida entrega combustible social a esa crisis. Siempre se trata de fracciones burguesas que buscan descargar la crisis en las fracciones obreras más dependientes del Estado, en tanto el Estado compite por la plusvalía a través de los impuestos. De modo que se produce aquí una confluencia, bastante lógica, entre este conservadorismo populista y las fracciones de la clase obrera más desestatizadas, que dependen de la economía privada o, simplemente, están fuera de los mecanismos de subsidio estatal. Esa confluencia adquiere la forma de un liberalismo rabioso, que, a diferencia del liberalismo clásico, es simplemente reaccionario y conservador, furiosamente individualista, al mismo tiempo que tributario y vinculado a experiencias e ideologías fascistoides. Claman por la libertad y reivindican la religión, hablar de legalizar el “mercado de niños” y defienden la “familia”.

Su adversario es definido como el “socialismo”, pero en realidad su enemigo político es el “populismo” y su enemigo social, la clase obrera. Son la contracara de la alianza populista: recordemos que la alianza populista está conformada por las fracciones más débiles del capital local, aunque según el país, la composición puede variar, incluso hasta el punto de excluir fracciones importantes de la burguesía, limitándose el “populista” a representar a grupos ideológicos, personales políticos marginales y fragmentos del Estado que actúan al mismo tiempo como emergente de y control de las masas movilizadas. Este es el caso del chavismo en su momento inicial, por ejemplo. Como sea, esa alianza populista construye su poder mediante la estatización de fracciones enteras de la clase obrera, a partir de concesiones menores, muy mezquinas incluso en términos de reformismo. Dichas concesiones, definidas como “nuevos” derechos o “extensión” de derechos, demuestra que la alianza populista llega al poder en un contexto de magras realizaciones sociales, muy distantes del peronismo o la socialdemocracia europea clásicos. De allí que contienen un elemento simbólico muy intenso y que tienden a asentarse sobre minorías.

En este punto es en el que aparece una manipulación muy maquiavélica de contradicciones secundarias (étnicas, de género, sexuales, derechos humanos, etc.), que aparecen como muy disruptivas en el plano puramente ideológico, pero en términos materiales representa poco y nada y para pocos. Mientras el ciclo económico acompaña y la simple dinámica económica mejoran el empleo y el salario, estas excentricidades parecen ocupar el centro de una escena densa y prometedor, pero cuando la marea económica refluye, quedan en

el medio de un vacío de promesas incumplidas y un ajuste económico que empaña cualquiera otro proveniente de “la derecha”. Bajo el populismo, la vida económica se degrada y las masas no reciben, a la postre ninguna solución real. Lo mismo pasa, sin tanto componente ideológico, en los países en los que el lugar político del populismo (representar los “intereses” populares) es ocupado por variantes socialdemócratas, frenteamplistas estilo PSOE/laborismo/Lula.

Sobre este escenario, opera la alianza liberal-conservadora (o “libertaria” como se llama en Argentina), atacando fácilmente el frente ideológico de su adversario, como puede verse en el discurso de Meloni que se hizo viral por su defensa de su “identidad” como mujer, madre, italiana, etc, poblado de incoherencias y contradicciones, cuando no de absurdos y caprichos evidentes. Por empezar, una reivindicación del concepto de “identidad”. Su política promete desmontar todo ese andamiaje de “parásitos” del Estado, de “haraganes aprovechados”, a los que se identifica fácilmente por su “discurso” queer y posmoderno al que atribuyen poderes disolventes de los valores “tradicionales” (la “patria”, la “familia”, etc.). Pero, tras esa cobertura, se extiende una furiosa avanzada anti-obrera, el objetivo real de los afanes “libertarios”: la plusvalía que se escapa en el mantenimiento, por el Estado, de una masa creciente de población sobrante que no tiene otro medio de vida, masas que el capitalismo, en su despliegue geográfico y productivo, coloca al margen de la vida social. El trasfondo de estas batallas es, por un lado, un capitalismo mundial que pierde el impulso que significó el ingreso de China al mercado internacional; por otro, la ausencia de una movilización obrera independiente de la burguesía. En estas batallas, la clase obrera es furgón de cola de ambas alianzas burguesas, fluctuando entre ellas, sin encontrar un camino propio.

Una parte de la responsabilidad de esta ausencia es la política de la izquierda que se pretende revolucionaria o marxista, de apoyar las alianzas populistas o similares, dejando a los obreros sin ninguna alternativa. Cuando la izquierda argentina o brasileña, en nombre de evitar el fascismo, llama a votar por Cristina o por Lula, cuando connotados marxistas europeos y norteamericanos rinden pleitesía a Evo, Chávez y López Obrador, cuando se entregan a experiencias como Podemos o Syriza, o pretenden que la socialdemocracia, el laborismo o, incluso el Partido Demócrata son “opciones” mejores que “el fascismo” (recuérdese la fascinación con Sanders y Ocasio Cortez) nadie puede sorprenderse del ascenso de gente como Meloni, Milei, Trump o Bolsonaro. Los representantes de esta derecha conservadora y liberal-libertaria, no necesitan mucho esfuerzo para transformar un discurso fascistoide y reaccionario en un relato coherente frente a masas hastiadas de mentiras populistas-socialdemócratas. Revelan, de ese modo, como en el reciente plebiscito chileno, que están hartas de “promesas sobre el bide”. Revelan, también, que frente a la crisis que muestra las ostensibles limitaciones del “nuevo” pseudo-reformismo, su conciencia no las lleva a superar el horizonte ideológico burgués, poniendo en cuestionamiento el sistema capitalista en sí mismo. El auge del “conspiracionismo” no es más que una expresión de esta crisis de conciencia (“no le creo a nadie”) que todavía no encuentra una propuesta positiva a su deriva.

Vía Socialista fue creada para superar este impasse. Puede no ser el instrumento mejor, ni el ideal, ni siquiera el adecuado. Pero, indudablemente, por allí está el camino: Ni Kast o Boric, ni Cristina o Milei, ni Lula o Bolsonaro, ni Trump o Biden, ni Macron o Le Pen, Socialismo ya.